

INFORME

Silvia y Bruno

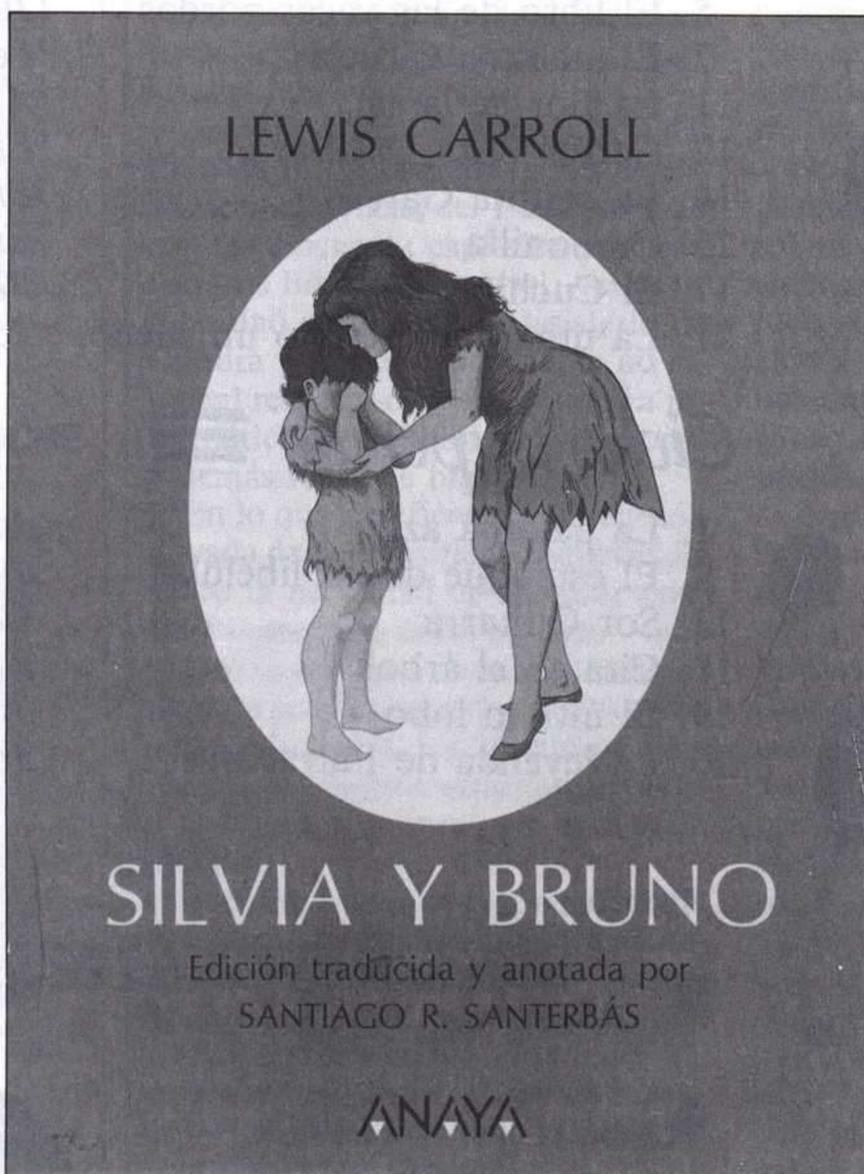
El último gran libro del 89

El 13 de diciembre de 1989, Lewis Carroll, tras un costoso y enervante —como todos los suyos— proceso de edición, recibía los primeros ejemplares de la que sería su última novela: *Silvia y Bruno*.

El 19 de diciembre de 1989 —cien años después—, Emilio Pascual, responsable de edición de Anaya, tras un no menos costoso y enervante proceso, decía «mañana me lo entregan, mañana me lo entregan». Se refería, claro está, a la magnífica edición conmemorativa del centenario de la publicación de *Silvia y Bruno*.

Y se lo entregaron. Fue, si no el último, sí uno de los últimos libros del 89 y, sin duda, el gran libro del año del sector infantil-juvenil.

Sin embargo, y muy a pesar de la intención del reverendo Dodgson, *Silvia y Bruno* no es un libro para niños. La crítica de entonces, que recibió con frialdad la obra, y posteriormente la escasa acogida por parte de los lectores, evidenciaba el de-



safortunado resultado del que fue el proyecto más ambicioso, pero también el más desmesurado y confuso, de Carroll. «Y sin embargo —indica

que luego trató de ordenar y encajar, con desigual fortuna, en la trama argumental. Una trama formada por dos historias paralelas que se desarro-

Derek Hudson en *Lewis Carroll* (Constable, Londres, 1954)—, el libro ha persistido como uno de los más interesantes fracasos de la literatura inglesa. Ciertamente es un libro único: nadie, sino Dodgson, podía haberlo escrito; nada semejante volverá a escribirse».

Con *Silvia y Bruno*, Carroll pretendía salirse de los caminos trillados de Alicia: «El sendero que tímidamente exploré... es ahora una transitada carretera». Y pretendía también, obsesionado por el paso del tiempo y la pérdida de facultades, decir muchas cosas. La gestación de la primera parte de *Silvia y Bruno* (editada en 1889) le llevó siete años. Y la segunda, *Silvia y Bruno/Conclusión*, publicada en 1893 (cinco años antes de su muerte), cuatro más. Durante todo ese tiempo, Carroll acumuló todo tipo de materiales literarios



HARRY FURNISS.

llan en dos mundos bien diferenciados, aunque con continuas y desconcertantes interferencias: un mundo fantástico, el del País de las Hadas de Silvia y Bruno, y un mundo real, el de lady Muriel y su galán, el doctor Forester. Y entre ambos, un omnipresente narrador (¿el propio Carroll?), que participa por igual de los dos mundos.

Genial en ocasiones, ingeniosa y divertida en otras, es una novela sinco-pada y traicionera, que descoloca continuamente al lector con inesperados cambios de acción y de registro (lo cual no deja de ser un reto apasionante para cualquier lector apasionado), y que resulta especialmente «dura»

cuando la intención moralizante —que pesa sobre todo el relato— pasa al primer plano en boca de los protagonistas «reales».

Pese a ello, o quizás precisamente por ello, *Silvia y Bruno* es una obra imprescindible, y no sólo para carro-

llianos. Cualquier buen lector adulto disfrutará con el espléndido trabajo de Santiago R. Santerbás, traductor y anotador de la obra, que es un ejemplo de fidelidad, creatividad y erudición, y que, con un peculiar estilo lleno de fino humor, se convierte en un auténtico cómplice y guía del lector, procurándole inolvidables y gratos momentos de lectura.

Además, la edición, cuidada hasta en los más mínimos detalles, resulta muy hermosa, e incluye las ilustraciones originales —y geniales— de Harry Furniss, además de doce láminas en color de J. Isaac, que parodian con acierto las del dibujante inglés. Un libro, en definitiva, extraordinario.

Mi devoción por Carroll

por Santiago Rodríguez Santerbás*

Debo confesar que, aunque mi devoción por Lewis Carroll viene de antiguo, mis relaciones con *Silvia y Bruno* fueron bastante tardías. Conocía, claro está, la existencia de la novela, e incluso la tenía recogida en un volumen de obras completas; pero lo cierto es que no me animé a leerla hasta que, hará unos quince años, encontré en una librería de viejo londinen-

se un ejemplar de la primera edición: dos gruesos tomitos ilustrados por Harry Furniss y publicados por Macmillan en 1889 y 1893 respectivamente. No negaré que la lectura de *Silvia y Bruno* me deparó tanto placer como perplejidad.

Pasó el tiempo. Y, hace tres o cuatro años, charlando con mi buen amigo Emilio Pascual, editor de literatura infantil y juvenil de Anaya,

comenté, medio en serio, medio en broma, la posibilidad de publicar una traducción profusamente anotada de *Silvia y Bruno*. La idea, en principio casi quimérica, fue cobrando forma paulatinamente. Y, un buen día, inspirados quizá por el ectoplasma del reverendo Dodgson, decidimos llevar a cabo el proyecto para conmemorar el centenario de la primera edición.

Así que, a comienzos de 1988, me